

# Para una teología moral de la familia

José Román Flecha López

Profesor emérito en la Universidad Pontificia de Salamanca  
E-mail: jrlechaan@upsa.es

Recibido: 20 de junio de 2014

Aceptado: 23 de julio de 2014

**RESUMEN:** Afirma el autor que la reflexión sobre la naturaleza de la Iglesia ayuda a redescubrir la verdadera naturaleza de la familia. La familia resultante, la familia cristiana, será, en consecuencia, una comunidad que vive de la Palabra de Dios y para el anuncio de la Palabra de Dios; una comunidad que celebra las maravillas de Dios y consagra el esfuerzo humano; una comunidad que se adiestra para el servicio al hombre, en la unidad y la caridad. Será, en suma, una pequeña comunidad que responde, por tanto, a la triple función eclesial y al ministerio de Cristo maestro y profeta, mediador y sacerdote, rey y pastor.

**PALABRAS CLAVE:** familia iglesia doméstica, familia comunidad profética, familia comunidad orante, familia comunidad de servicio, familia cristiana.

No es fácil el desafío que plantea este título. Por una parte aparece el problema de la definición de la familia. Hoy está en cuestión la misma esencia de la familia.

Por otra parte, se discuten también las posibilidades de establecer unos principios teológicos básicos para enjuiciar y orientar las realidades e instituciones humanas.

Como ha escrito el papa Francisco, la cultura secularizada que prescinde de Dios, desconfía de la Igle-

sia y de sus orientaciones morales y genera una evidente superficialidad en las ideas y en el comportamiento ético (EG, 64), por ejemplo en la comprensión y organización de la institución familiar (EG, 66)<sup>1</sup>.

De todas formas, es preciso preguntarse qué puede decir la fe cristiana sobre la vocación de la familia y su responsabilidad moral.

<sup>1</sup> FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2014).

Siguiendo la orientación del Concilio Vaticano II la teología moral ha de fundamentarse en la vocación de los fieles en Cristo con el fin de esclarecer la obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo (cfr. *OT*, 16).

La moral familiar cristiana ha de ser eclesial por ser «cristiana», es decir cristonómica. La identidad y la misión de Cristo son normativas para la persona cristiana y para todas sus decisiones e instituciones. También la familiar.

### 1. La familia, una «iglesia doméstica»

La constitución conciliar sobre la Iglesia afirma que del matrimonio procede la familia. «En esta especie de Iglesia doméstica, los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación de cada uno, pero con cuidado especial la vocación sagrada» (*LG*, 11).

Con esa categoría, que de alguna manera define a la familia como «iglesia doméstica», se indica que su misión no puede ser diferente de la misión de la Iglesia que evangeliza, celebra y sirve.

En la constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy, el

Concilio estudia la familia en íntima vinculación con el sacramento del matrimonio «que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia», y recuerda que la familia cristiana «manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor, la generosa fecundidad, la unidad y fidelidad de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros» (*GS*, 48)<sup>2</sup>.

La calificación de «iglesia doméstica» aplicada a la familia cristiana puede parecer novedosa, aun siendo tradicional, como subraya Juan Pablo II en la *Carta a las Familias*<sup>3</sup>. En un momento en que la Iglesia ha redescubierto la virtualidad de las realidades sacramentales, esta categoría es especialmente relevante.

Si la Iglesia se concibe como una familia y ha de comportarse como tal (*LG*, 6), también la familia puede ser concebida como una pequeña iglesia. Ambas realidades encuentran en esta relación una mutua clarificación de su ser y de sus tareas. Como dice el papa Francisco

---

<sup>2</sup> Véase sobre este tema J. R. FLECHA, «Aportación del Vaticano II a la teología del matrimonio», en N. SILANES (ed.), *Misterio Trinitario y familia humana*, Salamanca 1995, 169-193.

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, carta a las familias *Gratissimum sane* (2 de febrero de 1994) 3.

la gran Iglesia no puede comprenderse como una organización no gubernamental, ajena a vinculaciones afectivas. Pero tampoco la familia puede concebirse ni actuar, en el mundo de la fe, como si fuera una estructura cerrada y autoabastecida, ajena a la misión eclesial.

La reflexión sobre la naturaleza de la Iglesia ayuda a redescubrir la verdadera naturaleza de la familia como una comunidad que vive de la Palabra de Dios y para el anuncio de la Palabra de Dios. Como una comunidad que celebra las maravillas de Dios y consagra el esfuerzo humano. Como una comunidad que se adiestra para el servicio al hombre, en la unidad y la caridad.

Esa pequeña comunidad responde, por tanto, a la triple función eclesial y al ministerio de Cristo maestro y profeta, mediador y sacerdote, rey y pastor. Esa referencia a la «triple función» del Mesías, evocada por el Concilio Vaticano II (cfr. *LG*, 10-12; *PO* 1) ha ejercido una notable influencia en el Magisterio posterior<sup>4</sup>.

Como ha escrito el papa Francisco, «El pensamiento social de la Igle-

sia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en ese sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo» (*EG*, 183). He ahí un pauta imprescindible también para la moral familiar.

## 2. La familia, comunidad profética

La misión de la familia cristiana no puede desvincularse de la misión profética, sacerdotal y regia de Jesucristo y de su Iglesia. Ése es el esquema seguido por Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, al asignar a la familia cristiana un cometido eclesial propio y original (*FC*, 50).

Los textos bíblicos reconocen a Jesús como el primer evangelizador. Él mismo tiene conciencia de ello y proclama esa necesidad: «Es preciso que se anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades» (Lc 4, 43). La comunidad familiar se constituye en iglesia doméstica al dejarse «evangelizar» por el buen anuncio de Jesucristo para ser comunidad evangelizadora y misionera.

### 2.1. Una comunidad evangelizada

La familia creyente ha de recurrir a la palabra de Dios para encontrar

---

<sup>4</sup> Cfr. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979) 19-21; *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981) 49-64; *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988) 14.

su identidad y su misión. Como ha dicho Juan Pablo II, los esposos y padres cristianos «son llamados a acoger la Palabra del Señor que les revela la estupenda novedad –la Buena Nueva– de su vida conyugal y familiar, que Cristo ha hecho santa y santificadora» (*FC*, 51).

Esta escucha de la palabra de Dios orienta ya la misma experiencia del noviazgo. En ella, los jóvenes deberían procurar «no interrumpir el diálogo con Cristo», para aprender con él las verdaderas dimensiones del amor esponsal<sup>5</sup>.

La celebración del matrimonio es para ellos un acto de fe: en ella y por ella dicen fiarse del Dios de la gracia. Y es una proclamación de fe: proclaman la presencia del Dios del amor en la historia desamorada de los hombres.

La escucha de la palabra de Dios, situada en un momento de la historia personal como profesión de fe, ha de ser continuada en la itinerancia posterior de la pareja y de la familia (cfr. *FC*, 51).

La familia habrá de escuchar la palabra de Dios que se le dirige desde los diversos acontecimientos de su vida: la llegada de una

nueva vida o la partida de uno de los seres queridos. Sin embargo, la escucha de la palabra de Dios no es fácil en un mundo marcado por la confusión ambiental. La depreciación de la sexualidad, la visión materialista de la vida y el individualismo que debilitan los valores de la fraternidad y la fidelidad, la prisa o la falta de tiempo para la formación de la fe o de espacio para la reflexión del creyente, hacen que la familia sea con frecuencia una comunidad deficientemente evangelizada.

Si la familia creyente quiere vivir a la escucha de la palabra de Dios tendrá que abrirse a las exigencias del Reino de Dios. Con humildad y asombro descubrirá entonces que, como la Iglesia universal, necesita siempre una continua evangelización y conversión (*LG*, 8). He aquí algunos ejemplos:

- En una sociedad que supervalora la capacidad adquisitiva, el lucro y el consumo, la familia cristiana tendrá que preguntarse si su fe la lleva a compartir con los necesitados, a valorar el ser sobre el tener.
- En una sociedad que admira la agresividad y glorifica la violencia, la familia cristiana deberá preguntarse si sabe acercarse a los agredidos y está

<sup>5</sup> Así se expresaba JUAN PABLO II, en la *Carta a los jóvenes* (31 de marzo de 1985) n. 10.

- educando para la no-violencia activa y comprometida.
- En una sociedad que trabaja para holgar y busca la diversión por sí misma, que hace del placer el máximo valor y huye de los que sufren, la familia cristiana tendrá que preguntarse si está dispuesta a enjugar alguna lágrima.
  - En una sociedad que ansía el hartazgo y el acomodo, la familia cristiana tendrá que preguntarse dónde encontrar el rostro del hambriento y del sediento y cómo mantenerse ella misma en la búsqueda de los insatisfechos y los inquietos.
  - En una sociedad que se evade de las necesidades ajenas y se desentiende del lamento de los hombres, la familia cristiana habrá de preguntarse quién necesita su mano compasiva y cómo aproximarse a los hombres caídos en el camino.
  - En una sociedad que institucionaliza la mentira y el fingimiento, la familia cristiana deberá preguntarse por qué la verdad nos hace libres y aprender la cristalinidad de los que viven en apertura de corazón.
  - En una sociedad que convierte la guerra en un negocio y la discordia en un modo de autoafirmación, la familia cristiana tendrá

que ser un espacio para la reconciliación y una escuela para los constructores de la paz.

- En una sociedad que convierte la tolerancia en ventajismo, mientras vende los ideales al mejor postor, la familia cristiana deberá preguntarse por el sentido de la fidelidad en el compromiso y educar personas firmes hasta la persecución.

Como se puede observar, estos ocho ejemplos pretenden evocar el mensaje de las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cfr. Mt 5, 1-12). Al igual que la Iglesia, si la familia acoge el evangelio, tendrá que revisar su vida a la luz de estos valores<sup>6</sup>.

### 2.2. Una comunidad misionera

El Concilio Vaticano II subrayaba la tarea misionera de la familia: «En ella el apostolado de los laicos halla una ocasión de ejercicio y una escuela preclara» (LG, 35). Como escribía Pablo VI en la exhortación *Evangelii nuntiandi*, «la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia» (EN, 71).

---

<sup>6</sup> Reproducimos estos párrafos de J. R. FLECHA, *La Familia, lugar de evangelización*, Salamanca 2006, 65-67.

Esta transmisión se lleva a cabo en primer lugar dentro del mismo hogar con las palabras y el gesto paternal. Ahí se anuncia la figura de un Dios que es Padre, en un momento en que se ofrecen falsas concepciones de Dios. Ahí se anuncia a Jesús, como hermano y Señor, vivo y cercano en medio de los que creen en él. Ahí se transmite el anuncio y la presencia del Espíritu de Jesús, que constituye «un impulso constante a orientar el matrimonio y la misma vida de familia según las palabras y el don de Cristo»<sup>7</sup>.

En esa catequesis familiar se inserta esa propuesta moral «que invita a crecer en fidelidad al estilo de vida del Evangelio, manifestando siempre el bien deseable, la propuesta de vida, de madurez, de realización de fecundidad...», como recuerda el papa Francisco (EG, 168).

Esta evangelización intrafamiliar parte de la escucha de la palabra de Dios y de la lectura de la vida diaria, tanto de la familia como de la humanidad. Así ayuda a profundizar las raíces para la confianza humana, mientras educa para la crítica contra toda actitud inhumana.

---

<sup>7</sup> JUAN PABLO II, «El proyecto cristiano de la vida familiar», homilía en la Plaza de Lima, en Madrid, 2: en F. SEBASTIÁN (ed.), *Juan Pablo II en España*, Madrid 1983, 69.

Prepara para evitar la indiferencia y ayuda a construir la fraternidad.

Pero la tarea misionera de la familia no se agota dentro de los límites del hogar. La familia anuncia el mensaje de Jesús cuando vive en el mundo unos ideales no habituales que resultan interpelantes, como escribía Pablo VI (EN, 21).

Además, la familia tiene múltiples ocasiones de anunciar el evangelio de forma explícita. También a los hombres que parecen «inmunizados contra las palabras» (EN, 42), la familia cristiana puede anunciarles el urgente mensaje del Resucitado.

Puede hacerlo a través de su participación en la catequesis parroquial, en la liturgia de la palabra, y sobre todo al tratar de superar lo que deshumaniza a las personas y los pueblos: pobreza, injusticia, hambres, analfabetismo y violencia. Como la gran Iglesia, también la iglesia doméstica debe colaborar en la liberación humana y dar testimonio de que la utopía de un mundo redimido es posible. «Todo esto no es extraño a la evangelización» (EN, 30).

La catequesis familiar parte de la experiencia diaria, la ve a la luz del evangelio y propone unas actitudes evangélicas<sup>8</sup>. Según los

---

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979) 68.

obispos españoles, los objetivos de esta catequesis familiar son «el despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de una perspectiva cristiana»<sup>9</sup>.

### 3. La familia, comunidad orante

Además de profeta y maestro, Jesús es también para los cristianos el modelo de la oración, su mediador sacerdotal y el destino de su propia oración.

La afirmación conciliar del sacerdocio de los laicos (LG 34) ha recuperado un puesto importante en la doctrina posterior de la Iglesia. Pues bien, la familia cristiana ejerce su función sacerdotal tanto en su vinculación a la celebración eclesial cuanto en la celebración doméstica de la vida.

#### 3.1. La celebración eclesial

La familia que ora en la pequeña iglesia doméstica se ve «convoca-

da» a unirse a la celebración festiva de la comunidad. Junto a lo que recibe, la familia ofrece a cambio el testimonio de las maravillas que Dios obra en ella.

En la eucaristía la familia se alimenta de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo, celebra el misterio de la paternidad, al encontrarse ante el Dios Padre y recuerda la llamada del Espíritu a la fraternidad al orar por los que sufren y trabajan por la paz.

En muchas celebraciones, la familia tiene un papel insustituible, como en el bautismo de o en la penitencia y la primera eucaristía de los niños. La celebración de la confirmación puede convocar a toda la familia, que se reúne, además, para la celebración del matrimonio de amigos o parientes. La ocasión puede dar pie a una catequesis sobre el amor y la familia.

La asistencia a una ordenación sacerdotal o a una profesión religiosa, lleva a la familia a descubrirse como «el primero y mejor seminario de vocaciones a la vida consagrada al Reino de Dios» (FC, 53).

Cuando en su seno se celebra la unción de los enfermos, la familia representa a la Iglesia que acompaña a sus hijos en el dolor.

---

<sup>9</sup> COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad*, n. 273, Madrid, 1983, 143.

### 3.2. *La celebración doméstica*

Por otra parte, en un mundo que supervalora la utilidad y la inmediatez, la familia cristiana puede ofrecer un testimonio revolucionario ya sólo con su misma oración.

La Iglesia ejerce su función sacerdotal en la oración, en la consagración del pan y del vino y en la acogida a los hermanos que se reúnen en comunidad. También la Iglesia doméstica está llamada a descubrir la importancia de esta triple tarea.

- a) Un hogar cristiano expresa en la oración las razones y motivaciones para el compromiso y la aceptación de los demás.

El estilo propio de la oración familiar surge de la misma peculiaridad de esta institución. Es verdadera la frase que afirma que «familia que reza unida permanece unida». La oración familiar «es una oración hecha en común, marido y mujer juntos, padres e hijos juntos. La comunión en la plegaria es a la vez fruto y exigencia de esa comunión que deriva de los sacramentos del bautismo y del matrimonio» (FC, 59).

Será necesario adecuar la oración familiar a la edad, a las circunstancias y al estilo de sus miembros. Esa adecuación exige una cierta libertad y creatividad. Con-

tra lo que se pudiera pensar, muchos jóvenes gustan de oraciones recias que reflejen el drama de la vida. Y gustan, en consecuencia, de la oración bíblica. Ellos pueden ayudar a los padres a redescubrir la plegaria de los salmos. El contenido mismo de la oración familiar puede tener también sus ritmos y sus motivaciones propias.

Los cristianos somos «ciudadanos de dos ciudades», pero no nos evadimos de la una para refugiarnos cómodamente en la otra<sup>10</sup>. El modo de orar refleja el modo de creer y también los valores de los que se vive o los compromisos que se asumen ante la vida. Orar por la paz o la justicia refleja un modo de creer y unas determinadas actitudes éticas.

- b) La Iglesia ejerce su función santificadora también en la consagración del pan y del vino. El *Documento de Puebla* ha vinculado de forma hermosa la eucaristía con la vida familiar: «En la eucaristía la familia encuentra su plenitud de comunión y participación» (*Puebla*, 588). El Concilio no dudó en afirmar que «también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo» (LG, 34). La expre-

---

<sup>10</sup> Cfr. J. R. FLECHA, «Ciudadanos de dos ciudades: escatología y política», en *Salmanticensis* 46 (1999) 59-87.

sión ha sido recogida por Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Familiaris consortio* (n. 56).

La iglesia doméstica hace de su vida diaria una especie de eucaristía, en la que se consagra el trabajo y el esfuerzo, el aprendizaje y la caricia, el desvelo y la sexualidad, el lento caminar de los niños y el titubeo de los ancianos, la preocupación por la profesión y la inquietud política.

En el seno de la familia cristiana, todas esas realidades terrenas son presentadas para que el Espíritu de Dios las transforme en signo visible y eficaz de la presencia redentora de Cristo en el mundo.

c) En tercer lugar, la Iglesia es un espacio para la acogida. También la pequeña iglesia doméstica vive su función santificadora cuando crea puentes que puedan favorecer la convivencia humana y la comunión.

La familia es un sacramento de reconciliación. En ella no valen más las personas que más producen sino precisamente las que más necesitan. A ellas se les dedica más tiempo y más atención. De esa forma la pequeña iglesia familiar se alza como humilde modelo para un mundo siempre necesitado de reconciliación.

Para la iglesia doméstica, insistimos con la exhortación *Familiaris consortio*, «la plegaria no es una evasión que desvía del compromiso cristiano, sino que constituye el empuje más fuerte para que la familia cristiana asuma y ponga en práctica plenamente sus responsabilidades como célula primera y fundamental de la sociedad humana» (FC, 62).

#### 4. La familia, comunidad de servicio

Reconocido como Maestro y Mediador, Jesús es también para los cristianos su Rey y Señor. Un rey que no vino a ser servido sino a servir. Al referirse al papel de los laicos en la Iglesia, el Concilio Vaticano II ha subrayado también su participación en el señorío de Cristo y en su dignidad regia: sirviendo a Cristo en los demás, los cristianos conducen a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar (LG, 36).

Por su parte, la exhortación *Familiaris consortio* aplica a la familia cristiana esta vocación regia que se traduce en el servicio a los demás: «La familia cristiana es así animada y guiada por la ley nueva del Espíritu y en íntima comunión con la Iglesia, pueblo real, es llamada a

vivir su “servicio” de amor a Dios y a los hermanos» (FC, 63).

Esta actitud se realiza en primer lugar en el seno de la familia para proyectarse en un segundo momento a otras familias y a toda la sociedad. En el servicio diario los miembros de la familia conquistan la meta de la libertad. Y su propia libertad los capacita para servir, libremente a los hombres y mujeres de su entorno.

#### 4.1. *Libres en el servicio*

El hogar es el lugar primero para el descubrimiento y la valoración de la persona humana. En la familia los *deberes* se convierten en expectativas: hay rostros de personas que esperan algo de los demás. Y los *derechos* se reflejan en manos tendidas y en oferta de dones. La familia puede vivir y recordar a todos el mensaje evangélico primordial: los seres humanos tienen una dignidad única y común por ser hijos del mismo Padre, unidos por la misma llamada y por el mismo destino.

En este contexto, la familia realiza su misión dentro de su diaria tarea educativa. «La educación es ante todo una “dádiva” de humanidad por parte de ambos padres: ellos comunican juntos su humanidad madura al recién nacido, el cual, a su vez, les da la novedad

y el frescor de la humanidad que trae consigo al mundo»<sup>11</sup>.

La familia puede educar en unas virtudes humanas que renueven la sociedad desde dentro. Virtudes como la austeridad, la justicia, la verdad, la dedicación apasionada a la paz y la comprensión, la apertura a la convivencia en el diálogo, el respeto y la tolerancia, la preparación para una integración armónica y serena de la sexualidad en el proyecto vital, la preparación para un trabajo realmente creativo y personalizante.

La familia cristiana ha de educar a sus miembros para que lleguen a ser «dociles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrello» (EG, 187). De esa forma puede hacer posible y palpable la utopía de la nueva civilización del amor.

---

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Gratissimum sane* 16; cfr. BENEDICTO XVI, homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias (Valencia, 9 de julio de 2006), en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.) 38/28 (14 de julio de 2006) 13: «La experiencia de ser acogidos y amados por Dios y por nuestros padres es la base firme que favorece siempre el crecimiento y desarrollo auténtico del hombre que tanto nos ayuda a madurar en el camino hacia la verdad y el amor, y a salir de nosotros mismos para entrar en contacto con los demás y con Dios».

### 4.2. Libres para el servicio

El papa Francisco recuerda que las mujeres nos ofrecen un admirable ejemplo de «heroísmo cotidiano en la defensa y el cuidado de la fragilidad de sus familias» (EG, 212).

La familia que ha educado en la libertad, ha de educar a sus miembros para que, desde su propia motivación cristiana, puedan colaborar con los demás en la búsqueda y aplicación de las soluciones adecuadas a los problemas humanos.

En una sociedad que busca la libertad y la responsabilidad, la tarea de la familia comienza por la renovación de las relaciones que vinculan los subsistemas que la integran y enriquecen, como dijo san Juan Pablo II con motivo del jubileo de las familias:

«Cuando se respetan las funciones, logrando que la relación entre los esposos y la relación entre los padres y los hijos se desarrollen de manera armoniosa y serena, es natural que para la familia adquieran significado e importancia también los demás parientes, como los abuelos, los tíos y los primos (...) La familia no puede encerrarse en sí misma. La relación afectuosa con los parientes es el primer ámbito de

esta apertura necesaria, que proyecta a la familia hacia la sociedad entera»<sup>12</sup>.

Desde su propio testimonio de confianza y de hospitalidad, la familia cristiana está llamada a asumir un puesto nuevo y responsable tanto en la Iglesia como en la sociedad.

En un mundo en cambio, la familia puede y debe redescubrir su identidad. Si ella es modelada por la sociedad, también ella puede imprimir sobre la sociedad misma un sello de confianza y creatividad, de búsqueda y de atención a los signos de los tiempos, de solidaridad en la justicia y en la cercanía compasiva. O, mejor, un sello de fe, de esperanza y de renovada caridad.

Tanto para los creyentes como para los no creyentes la familia constituye un «patrimonio de la humanidad, una institución social fundamental, la célula viva y el pilar de la sociedad»<sup>13</sup>. ■

---

<sup>12</sup> JUAN PABLO II, homilía durante el jubileo de las familias (15 de octubre de 2000) 6.

<sup>13</sup> BENEDICTO XVI, discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (13.5.2006), en *L'Osservatore Romano* (ed. esp.) 38/20 (19 de mayo de 2006) 5.